

# Espacios otros\*

*Michel Foucault*

LA GRAN OBSESIÓN que ronda el siglo XIX ha sido, como bien se sabe, la historia: temas del desarrollo y del estancamiento, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de los muertos, enfriamiento amenazante del mundo. Lo principal de sus recursos mitológicos, el siglo XIX lo ha encontrado en el segundo principio de termodinámica. Tal vez la época actual sea más bien la del espacio. Estamos en la época de lo simultáneo, estamos en la época de la yuxtaposición, en la época de lo cercano y de lo lejano, del pie a pie, de lo disperso. Estamos en un momento en que el mundo se experimenta, me parece, menos como una gran vida que se desarrollaría por el tiempo que como una red que une puntos y entrecruza su madeja. Tal vez pueda decirse que algunos de los conflictos ideológicos que animan las polémicas de hoy se desarrollan entre descendientes piadosos del tiempo y habitantes acérrimos del espacio. El estructuralismo, o al menos lo que se reagrupa bajo esta denominación un tanto general, es el esfuerzo para establecer, entre varios elementos que pueden haber sido repartidos en el tiempo, un conjunto de relaciones que los hace aparecer como yuxtapuestos, opuestos, implicados el uno en el otro, o sea, que los hace aparecer como una suerte de configuración; y, a decir verdad, no se trata con esto de negar el tiempo; es, más bien, una manera de enfocar lo que se llama tiempo y lo que se llama historia.

\* Conferencia pronunciada en el Círculo de Estudios Arquitectónicos, el 14 de marzo de 1967 (*Architecture, Mouvement, Continuité*, n. 5, octubre de 1984, pp. 46-49). Texto escrito en Túnez, en 1967, cuya publicación no fue autorizada por M. Foucault sino hasta la primavera de 1984 (traducción de Marie Lourdes).

Con todo, es de notar que el espacio que hoy aparece al horizonte de nuestros cuidados, de nuestra teoría, de nuestros sistemas no es una innovación; el espacio mismo, en la experiencia occidental, tiene una historia, y no es posible desconocer aquel fatal entrecruzamiento del tiempo con el espacio. En un trazo burdo de esta historia del espacio podría decirse que, en la Edad Media, era un conjunto jerarquizado de lugares: lugares sagrados y lugares profanos, lugares protegidos y lugares al contrario abiertos e indefensos, lugares urbanos y lugares rurales (esto para la vida real de los hombres); para la teoría cosmológica, había los lugares supracelestiales opuestos al lugar celestial; y el lugar celestial a su vez se oponía al lugar terrestre; estaban los lugares donde las cosas se encontraban colocadas porque habían sido violentamente descolocadas y luego los lugares, en cambio, donde las cosas encontraban naturalmente colocación y descanso. Toda aquella jerarquía, aquella oposición, aquel entrecruzamiento de lugares constituía lo que burdamente se podría llamar el espacio medieval: espacio de localización.

Espacio de localización que se abrió con Galileo, pues el verdadero escándalo de la obra de Galileo no es tanto el de haber descubierto, redescubierto más bien, que la Tierra giraba alrededor del sol, cuanto el de haber constituido un espacio infinito, e infinitamente abierto; a tal efecto que en él se disolvía, en cierta manera, el lugar de la Edad Media, que el lugar de una cosa ya no era sino un punto en su movimiento, así como que el reposo de una cosa tan sólo era su movimiento indefinidamente disminuido en su velocidad. Dicho de otra manera, a partir de Galileo, en el siglo XVII, la extensión sustituye la localización.

Hoy en día, el emplazamiento sustituye la extensión que, a su vez, reemplazaba la localización. El emplazamiento se define por las relaciones de vecindad entre puntos o elementos; formalmente, pueden describirse como series, árboles, entretejidos.

Por otra parte, se conoce la importancia de los problemas de emplazamiento en la técnica contemporánea: almacenamiento de la información o de los resultados parciales de un cálculo en la memoria de una máquina, circulación de elementos discretos, con salida aleatoria (como sencilla y llanamente los automóviles o incluso los sonidos en una línea telefónica), ubicación de elementos marcados o codificados en el interior de un conjunto, bien repartido al azar, bien clasificado en

una clasificación unívoca, bien clasificado según una clasificación plurívoca, etcétera.

De manera aún más concreta, el problema de la plaza o del emplazamiento se plantea para los hombres en términos de demografía; y este último problema del emplazamiento humano no es simplemente el de saber si habrá suficiente lugar para el hombre en el mundo -aun siendo éste un problema relevante-, sino también el de saber qué relaciones de vecindad, qué tipo de almacenamiento, de circulación, de ubicación, de clasificación de los elementos humanos deben ser preferentemente retenidos en tal o cual situación para alcanzar tal o cual fin. Estamos en una época donde el espacio nos es dado bajo la forma de relaciones de emplazamientos.

En todo caso, creo que hoy en día inquieta fundamentalmente el espacio, probablemente mucho más que el tiempo; el tiempo sin duda aparece tan sólo como uno de los juegos de repartición posibles entre los elementos que se distribuyen en el espacio.

Sin embargo, pese a todas las técnicas que lo ocupan, pese a toda la red de saber que permite determinarlo o formalizarlo, el espacio contemporáneo tal vez no esté aún completamente desacralizado -a diferencia del tiempo, sin duda desacralizado en el siglo XIX. No es que no haya habido cierta desacralización teórica del espacio (cuya señal la dio la obra de Galileo), pero una desacralización práctica del espacio quizás no se haya alcanzado aún. Y quizás nuestra vida esté aún bajo el mando de cierto número de oposiciones que no se pueden tocar, con las que la institución y la práctica aún no se han atrevido: oposiciones que admitimos como enteramente dadas: por ejemplo, entre espacio privado y espacio público, entre espacio de la familia y espacio social, entre espacio cultural y espacio útil, entre espacio de ocio y espacio de trabajo; siendo todas animadas todavía por una sorda sacralización.

La obra -inmensa- de Bachelard, las descripciones de los fenomenólogos nos han enseñado que no vivimos en un espacio homogéneo y vacío, sino, al contrario, en un espacio totalmente cargado de cualidades, un espacio tal vez también rondado por un fantasma; el espacio de nuestra percepción primera, el de nuestras ensoñaciones, el de nuestras pasiones tienen en sí-mismos cualidades que son como intrínsecas; es un espacio ligero, etéreo, transparente, o bien es un espacio oscuro,

rocoso, atiborrado: es un espacio de arriba, un espacio de las cumbres, o al contrario es un espacio de abajo, un espacio del fango, es un espacio que puede ser corriente como el agua viva, es un espacio que puede estar fijado, cuajado como la piedra o como el cristal.

No obstante, estos análisis, aunque fundamentales para la reflexión contemporánea, conciernen sobre todo al espacio de adentro. Del de afuera quisiera hablar ahora.

El espacio en que vivimos, el que nos atrae afuera de nosotros mismos, en que se desenvuelve precisamente la erosión de nuestra vida, de nuestro tiempo y de nuestra historia, este espacio que corroe y agrieta es en sí-mismo también un espacio heterogéneo. Es decir, no vivimos en el interior de una especie de vacío tal que en él se ubiquen individuos y cosas. No vivimos en el interior de una especie de vacío que se colorearía de diversas iridescencias, vivimos dentro de un conjunto de relaciones que definen emplazamientos irreductibles unos a otros y en absoluto en superposición.

Desde luego, se podría, ciertamente, emprender la descripción de esos diferentes emplazamientos con averiguar cuál sería el conjunto de relaciones por las cuales definir tal o cual emplazamiento. Por ejemplo, describir el conjunto de relaciones que definen los emplazamientos de paso, las calles, los trenes (un tren es un extraordinario haz de relaciones, ya que es algo por donde se pasa, es igualmente algo por lo que se puede pasar de un punto a otro y luego, es también algo que pasa). Describir, por el haz de relaciones que permiten definirlos, esos emplazamientos de parada provisional que son los cafés, los cines, las playas. También poder definir, por su red de relaciones, el emplazamiento del descanso, cerrado o semicerrado, que constituyen la casa, el dormitorio, la cama, etcétera. Pero lo que me interesa son, entre todos estos emplazamientos, aquéllos, unos cuantos, que tienen la curiosa propiedad de estar en relación con todos los demás emplazamientos, pero de tal modo que suspenden, neutralizan o invierten el conjunto de relaciones que se hallan, por ellos, designadas, reflejadas o reflectadas. Espacios, en cierto modo, vinculados con todos los demás, aun cuando contradicen todos los demás emplazamientos, estos espacios son de dos grandes tipos.

En primer lugar están las utopías, que son los emplazamientos sin lugar real, emplazamientos que mantienen con el espacio real de la

sociedad una relación general de analogía directa o invertida. Son la sociedad misma perfeccionada, o el reverso de la sociedad, pero, en cualquier caso, las utopías son, fundamentalmente, espacios esencialmente irreales.

Igualmente hay, y esto probablemente en toda cultura, en toda civilización, lugares reales, lugares efectivos, lugares dibujados en la institución misma de la sociedad y que son especies de contraemplazamientos, especies de utopías efectivamente realizadas donde los emplazamientos reales, todos los demás emplazamientos reales que se pueden encontrar en el interior de la cultura están a la vez representados, contestados e invertidos; suertes de lugares que, estando fuera de todos los lugares son, sin embargo, efectivamente localizables. Lugares que, por ser absolutamente otros que todos los demás emplazamientos a los que sin embargo reflejan y de los cuales hablan llamaré, por oposición a las utopías, heterotopías; y creo que, entre las utopías y estos emplazamientos absolutamente otros, esas heterotopías, puede haber tal vez una suerte de experiencia mixta, medianera, que sería la del espejo. Al fin y al cabo, el espejo es una utopía, ya que es un lugar sin lugar. En el espejo, me veo donde no estoy, en un espacio irreal que se abre virtualmente detrás de la superficie, estoy allá, donde no estoy, una especie de sombra que me da a mí-mismo mi propia visibilidad, que me permite mirarme allá donde estoy ausente: utopía del espejo. Pero es igualmente una heterotopía, en la medida en que el espejo existe realmente y en que tiene, en el lugar que ocupo, una suerte de efecto de devolución; es a partir del espejo que yo me descubro ausente en el lugar donde estoy, ya que me estoy viendo allá. A partir de esta mirada que de alguna manera se dirige hacia mí, desde el fondo de ese espacio virtual que está al otro lado del cristal, retorno hacia mí y vuelvo a dirigir mis ojos hacia mí-mismo y a reconstituirme donde estoy; el espejo funciona como una heterotopía en el sentido de que vuelve este lugar que ocupo en el momento en que me miro en el cristal absolutamente real, vinculado con todo el espacio que lo rodea, y a su vez absolutamente irreal ya que está obligado, para ser percibido, a pasar por aquel punto virtual que está allá.

En cuanto a las heterotopías propiamente dichas, ¿cómo poder describirlas, qué sentido tienen? Supóngase, no digo una ciencia por

ser ahora esta palabra demasiado degradada, pero una suerte de descripción sistemática cuyo objeto, en una sociedad dada, sería el estudio, el análisis, la descripción, la "lectura" como se estila decir ahora, de estos espacios diferentes, estos otros lugares, una especie de contestación a la vez mítica y real del espacio donde vivimos; esa descripción podría llamarse heterotopología. Primer principio: no hay probablemente ninguna cultura en el mundo que no constituya heterotopías. He ahí una constante de todo grupo humano. Ahora bien, las heterotopías toman claramente formas muy diversas, y tal vez no se encuentre ni una sola forma de heterotopía que sea absolutamente universal. No obstante, se las puede clasificar en dos grandes tipos.

En las sociedades llamadas "primitivas", hay cierta forma de heterotopía que yo llamaría heterotopía de crisis, es decir que hay lugares privilegiados, o sagrados, o prohibidos, reservados a los individuos que se hallan, en relación con la sociedad y con el medio humano en cuyo interior viven, en estado de crisis. Los adolescentes, las mujeres menstruantes, las mujeres parturientas, los ancianos, etcétera.

En nuestra sociedad, esas heterotopías de crisis han ido desapareciendo, aunque todavía se hallen restos. Por ejemplo, el colegio, en su forma decimonónica, o el servicio militar, probablemente desempeñaron este papel para los muchachos, debiendo las primeras manifestaciones de la sexualidad varonil tener lugar precisamente "fuera" de la familia. Para las muchachas, existía, hasta la mitad del siglo XX, una tradición que se llamaba "el viaje de bodas"; era un tema ancestral. La desfloración de la muchacha no podía tener lugar "en ninguna parte" y, en aquel momento, el tren, el hotel del viaje de bodas, era bien ese lugar de ninguna parte, esa heterotopía sin ubicaciones geográficas.

Sin embargo, las heterotopías de crisis desaparecen hoy en día, sustituidas, creo yo, por heterotopías que podrían llamarse de desviación, o sea aquéllas donde están colocados los individuos cuyo comportamiento es desviante en relación con el promedio o la norma exigida. Son las casas de reposo, las clínicas psiquiátricas; por supuesto también son las cárceles, y habría que añadir las residencias de ancianos que, de alguna manera, están al límite de la heterotopía de crisis y de la heterotopía de desviación puesto que, al fin y al cabo, la vejez es una crisis, pero igualmente una desviación toda vez que, en nuestra sociedad donde el ocio es la regla, la ociosidad forma una suerte de desviación.

El segundo principio de esta descripción de las heterotopías es que, en el curso de su historia, una sociedad puede hacer funcionar de manera muy diferente una heterotopía que existe y no ha dejado de existir; desde luego, cada heterotopía puede, según la sincronía de la cultura en la que se encuentra, tener uno u otro funcionamiento.

Tomaré por ejemplo la curiosa heterotopía del cementerio. El cementerio es ciertamente un lugar otro en relación con los espacios culturales ordinarios, aun siendo un espacio vinculado al conjunto de todos los emplazamientos de la ciudad o de la sociedad o de la aldea, puesto que cada individuo, cada familia se encuentra teniendo parientes en el cementerio. En la cultura occidental, el cementerio ha existido prácticamente siempre. Pero ha padecido mutaciones importantes. Hasta fines del siglo XVIII, el cementerio se ubicaba en el corazón mismo de la ciudad, al lado de la iglesia. Allí, existía toda una jerarquía de sepulturas posibles. Había la fosa común, donde los cadáveres perdían hasta el último rastro de individualidad, había algunas tumbas individuales y luego había tumbas en el interior de la iglesia. Tumbas que a su vez eran de dos especies. Bien simples losas con una marca, bien mausoleos con estatuas. Este cementerio, que se ubicaba en el espacio sagrado de la iglesia, ha ido tomando un cariz bien diferente en las civilizaciones modernas y, curiosamente, es en la época en que la civilización se ha vuelto, como se dice muy burdamente, "atea", que la cultura occidental ha inaugurado lo que se llama el culto de los muertos.

En el fondo, era muy natural que, en la época en que se creía efectivamente en la resurrección de los cuerpos y en la inmortalidad del alma, no se haya prestado a los despojos mortales una importancia capital. Al contrario, a partir del momento en que se tambalea la certeza de tener una alma, de que el cuerpo resucitará, tal vez haga falta prestar mucho más atención a este despojo mortal, que finalmente es el único rastro de nuestra existencia entre el mundo y entre las palabras.

En todo caso, es a partir del siglo XIX cuando cada uno ha tenido derecho a su cajita para su pequeña descomposición personal; pero, por otra parte, es a partir del siglo XIX solamente que se empezó a poner los cementerios en el límite exterior de las ciudades. Correlativamente a esa individualización de la muerte y a la apropiación burguesa del cementerio, comenzó a rondar el tema de la muerte como

"enfermedad". Son los muertos, se supone, quienes traen las enfermedades a los vivos, y es la presencia y la proximidad de los muertos, al ladito de las casas, al ladito de la iglesia, casi en medio de la calle, es esta misma proximidad la que propaga la muerte misma. Este gran tema de la enfermedad extendida por contagio de los cementerios ha persistido en la postrimería del siglo XVIII; y es simplemente en el curso del siglo XIX cuando se empezó a proceder a los desplazamientos de los cementerios hacia los arrabales. Los cementerios entonces, no constituyen más el viento sagrado e inmortal de la ciudad, sino la «otra ciudad», donde cada familia posee su negra morada.

Tercer principio. La heterotopía tiene el poder de yuxtaponer en un solo lugar real varios espacios, varios emplazamientos, incompatibles entre sí. Es así como el teatro hace sucederse en el rectángulo del escenario toda una serie de lugares que son extraños los unos en relación con los otros; es así como el cine es una muy curiosa sala rectangular, en cuyo fondo, sobre una pantalla a dos dimensiones, se ve proyectarse un espacio a tres dimensiones; pero tal vez el ejemplo más antiguo de esas heterotopías en forma de emplazamientos contradictorios sea el jardín. No se debe olvidar que el jardín, asombrosa creación ahora milenaria, tenía en Oriente significaciones muy profundas y como superpuestas. El jardín tradicional de los Persas era un espacio sagrado que debía reunir en el interior de su rectángulo cuatro partes representando las cuatro partes del mundo, con un espacio más sagrado aún que los demás que era como el *ombilicus*, el ombligo del mundo en su centro, (ahí estaban la fuente y el surtidor); y toda la vegetación del jardín debía repartirse en ese espacio, en esa suerte de microcosmos. En cuanto a las alfombras, eran, en su origen, reproducciones de jardines. El jardín es una alfombra donde el mundo entero viene a cumplir su perfección simbólica, y la alfombra es una suerte de jardín móvil a través del espacio. El jardín es la más pequeña parcela del mundo y luego es la totalidad del mundo. El jardín es, desde el fondo de la Antigüedad, una suerte de heterotopía feliz y unversalizante (de ahí nuestros jardines zoológicos).

Cuarto principio. Las heterotopías están vinculadas, con mayor frecuencia, a recortes del tiempo, es decir que se abren sobre lo que podría llamarse, por pura simetría, heterocronías; la heterotopía entra en

pleno funcionamiento cuando los hombres se hallan en una suerte de ruptura absoluta con el tiempo tradicional; por donde se ve que el cementerio es efectivamente un lugar altamente heterotópico, ya que el cementerio empieza con esa extraña heterocronía que es, para un individuo, la pérdida de la vida, y esta casi eternidad en la que no cesa de disolverse y de borrarse.

De manera general, en una sociedad como la nuestra, heterotopía y heterocronía se organizan y acomodan de manera relativamente compleja. En primer lugar están las heterotopías del tiempo que se acumula al infinito, por ejemplo los museos, las bibliotecas; museos y bibliotecas son heterotopías donde el tiempo no cesa de amontonarse y de encaramarse sobre sí mismo, mientras que en el siglo XVII, todavía hasta la postrimería del XVII, los museos y las bibliotecas eran la expresión de una elección individual. En cambio, la idea de acumular todo, la idea de constituir una suerte de archivo general, la voluntad de encerrar en un lugar todos los tiempos, todas las épocas, todas las formas, todos los gustos, la idea de constituir un lugar de todos los tiempos siendo él mismo fuera del tiempo e inaccesible a sus dentelladas, el proyecto de organizar así una especie de acumulación perpetua e indefinida del tiempo en un lugar que no se movería, pues, todo esto pertenece a nuestra modernidad. El museo y la biblioteca son heterotopías propias de la cultura occidental del siglo XIX.

Frente a esas heterotopías, vinculadas como están a la acumulación del tiempo, hay heterotopías vinculadas al tiempo en lo que tiene, al contrario, de más fútil, de más pasajero, de más precario, como es la fiesta. Son heterotopías ya no eternas, sino absolutamente crónicas. Tales son las ferias, aquellos maravillosos emplazamientos vacíos a la orilla de las ciudades, que se pueblan, una o dos veces al año, de barracas, tendertes, objetos heteróclitos, luchadores, mujeres contorsionistas y aquéllas que echan la buenaventura. También ha sido inventada, muy recientemente, una nueva heterotopía crónica, que es la aldea vacacional; esas aldeas polinesias que ofrecen tres semanitas de desnudez primitiva y eterna a los habitantes de las ciudades; y, por lo pronto, miren cómo ambas formas de heterotopías, la de la fiesta y la de la eternidad del tiempo que se acumula, llegan a reunirse: las chozitas de Djerba están en algún sentido emparentadas con las bibliotecas y los museos, pues,

en el reencuentro con la vida polinesia queda abolido el tiempo, pero también son el reencuentro con el tiempo, con toda la historia de la humanidad que remonta hasta su fuente como en una suerte de gran saber inmediato.

Quinto principio. Las heterotopías suponen siempre un sistema de apertura y de cerramiento que las aísla y las vuelve penetrables a la vez. En general, a un emplazamiento heterotópico no se accede de repente. O se entra bajo coerción, es el caso del cuartel, el caso de la cárcel, o bien hay que someterse a ritos y a purificaciones. Se precisa algún permiso y el cumplimiento de un cierto número de gestos. Por lo pronto hay heterotopías que incluso están enteramente consagradas a esas actividades de purificación, purificación mitad religiosa, mitad higiénica, como en el *hammam* de los musulmanes, o bien purificación en apariencia puramente higiénica como en las saunas escandinavas.

Hay otras, al contrario, que parecen puras y simples aperturas, pero que, en general, esconden curiosas exclusiones; todo el mundo puede entrar en esos emplazamientos heterotópicos, pero, a decir verdad, no es más que una ilusión: uno cree penetrar y queda, por el hecho mismo de entrar, excluido. Pienso, por ejemplo, en esas famosas habitaciones que existían en las grandes haciendas de Brasil y de América del Sur en general. Su puerta de acceso no se abría sobre la habitación central donde vivía la familia, y todo individuo que pasaba, todo viajero tenía el derecho de empujar aquella puerta, entrar en la habitación y luego dormir allí una noche. Sin embargo, aquellas habitaciones eran tales que el individuo que pasaba por ellas no accedía jamás al corazón mismo de la familia, era absolutamente el huésped de paso, no era verdaderamente el invitado. Este tipo de heterotopía, que prácticamente ha desaparecido ahora en nuestras civilizaciones, tal vez se pueda reencontrar en las famosas habitaciones de moteles americanos donde se entra con su coche y su amante y donde la sexualidad ilegal se encuentra a la vez absolutamente cobijada y absolutamente escondida, mantenida aparte, sin que, no obstante, se la deje al aire libre.

Para terminar, el último rasgo de las heterotopías es que tienen, en relación con el espacio restante, una función. Ésta se despliega entre dos polos extremos. O bien tiene como papel el de crear un espacio de ilusión que denuncia como más ilusorio aún todo espacio real, todos

los emplazamientos en cuyo interior la vida humana queda tabicada -tal vez sea éste el papel que han desempeñado durante largo tiempo aquellas famosas casas de lenocinio de las que toca prescindir por ahora-; o bien, al contrario, creando otro espacio, otro espacio real, tan perfecto, tan meticuloso, tan bien arreglado cuanto el nuestro está desordenado, mal organizado y enmarañado. Sería la heterotopía, no de ilusión, sino de compensación, y yo me pregunto si no es un poquito de esta manera que habrán funcionado ciertas colonias.

En algunos casos han desempeñado, a nivel de la organización general del espacio terrestre, el papel de la heterotopía. Pienso, por ejemplo, en el tiempo de la primera ola de colonización, en el siglo XVII, en aquellas sociedades puritanas que fundaron los ingleses en América y que eran lugares otros absolutamente perfectos.

Pienso también en aquellas extraordinarias colonias de jesuitas que fueron fundadas en América del Sur: colonias maravillosas, absolutamente reguladas, en las que se cumplía efectivamente la perfección humana. Los jesuitas de Paraguay habían establecido colonias donde se pautaba la existencia en cada uno de sus puntos. La aldea se repartía según una disposición rigurosa en torno a una plaza rectangular en cuyo fondo estaba la iglesia; a un lado, el colegio, al otro, el cementerio y luego, frente a la iglesia, se abría una avenida que otra venía a cruzar en ángulo recto; las familias tenían cada una su cabañita a lo largo de ambos ejes, y así se hallaba exactamente reproducida la señal de Cristo. La cristiandad marcaba así, con su signo fundamental, el espacio y la geografía del mundo americano.

La vida cotidiana de los individuos se regulaba no con silbatos, sino con campanas. El despertar quedaba fijado para todo el mundo a la misma hora, el trabajo empezaba para todo el mundo a la misma hora; las comidas al mediodía y a las cinco de la tarde; luego, todo el mundo se acostaba y, a la medianoche, había lo que se llamaba el despertar conyugal, o sea que al tocar las campanas del convento, cada uno cumplía con su deber.

Casas de lenocinio y colonias, éstos son dos tipos extremos de heterotopía y, si se piensa al fin y al cabo que el barco es un trozo flotante de espacio, un lugar sin lugar, que vive por sí-mismo, a la vez cerrado en sí-mismo y entregado al infinito del mar y que, de puerto

en puerto, de orilla en orilla, de casas de lenocinio en casas de lenocinio, va hasta las colonias a buscar lo más precioso que recelan sus jardines, se entiende por qué el barco ha sido para nuestra civilización, desde el siglo XVI hasta hoy, a la vez no sólo, por supuesto, el mayor instrumento de desarrollo económico (hoy, no es mi tema), sino también la mayor reserva de imaginación. La nave es la heterotopía por excelencia. En las civilizaciones sin barcos los sueños se secan, el espionaje sustituye la aventura, y la policía a los corsarios.